



COSTARRICENSES

Stefan Baciu
(Rumania)

H

ubo años en mi infancia y primera juventud en los que la palabra «costarricenses» no era otra cosa más que un timbre amarillo de correos, hace mucho desaparecido en mis recuerdos... Pero en 1949, cuando apenas desembarcado en Río de Janeiro, puse en el buzón un manojo de cartas (solicitando «materiales» literarios hispanoamericanos) escritas en un «aproximado» portugués, la primera respuesta que llegó fue un rollo que contenía varios números de la revista de don Joaquín García Monge: «Repertorio Americano».

Para hablar con la verdad, hasta hoy día no me doy cuenta cómo el Maestro tuvo tiempo para hacer el paquete y llevarlo él mismo al Correo Central, dando respuesta a la petición de un poeta rumano, todavía ignorado en la capital brasileña de los últimos años de la década de los 40.

En uno de aquellos «Repertorios» encontré el pri-

mer grabado en madera de Francisco Amighetti. Un poco más tarde leí unas poesías suyas y solo en los 60s tuve la dicha de conocerlo personalmente. Me esperaba, en San José, en una lluviosa noche, en el aeropuerto que aún conservaba el bonito nombre de «El Coco»...

Fuimos a mi hotel y después al «Balcón de Europa», donde tomamos unas copas. Al día siguiente «don Paco» me invitó a visitar su taller e indicó la dirección al taxista: «50 Varas al Norte de la Mejoral». Lo demás es (si se me permite) *historia*. Para esto ahí están decenas de mis crónicas, artículos, poemas y comentarios; además, la monografía «Francisco Amighetti», editada en Heredia por la EUNA (Editorial de la Universidad Nacional) en 1984.

En el taller de La Paulina conocí a los amigos de don Paco, y algunos de ellos se hicieron mis amigos también: el excelente Guido Sáenz, Guillermo Montero, Luis Ferrero Acosta, César Valverde, León y Ana Istarú, y, por supuesto, Juan Amighetti, hermano del artista, una de las personas más finas y plenas de humanidad que he encontrado. También otros: Franco Cerutti, Constantino Láscaris (ambos, si se me permite, costarricenses *honoris causa*), los hijos del artista, Pablo, Marta y Flora Luján e Isabel. Y el poeta Azofeifa, la sombra de Fernando Luján.

No olvido la visita y el *descubrimiento* del mundo sobrerreal y romántico de la pintora Luisa González de Sáenz, la inolvidable «doña Luisita de Costa Rica», sentada con su típica modestia de «grande dame» entre sus cuadros, dibujos y objetos de arte.

Breves, brevísimos encuentros, he tenido en librerías, en casas de amigos, en oficinas de redacción de periódicos y de revistas con don Pepe Figueres, político combativo, hacedor de cuentos, memorialista, visionario e idealista; Alberto Cañas, Inés Trejos, el coronel Vargas, Luis Alberto Monge, a quien recuerdo haber conocido en Río de Janeiro, cuando era representante de la unión sindical social-democrática (AFL-CIO); don Julio Suñol, novelista, reportero, cuentista y narrador de historias. No

olvidaré los encuentros con el poeta Chase, con la «nica» Irma Prego, recientemente «descubierta» como eximio cuentista, con una obra que puede ser colocada junto a la de su coterráneo Juan Aburto, maestro de cuentistas.

Para cerrar con broche de oro esta síntesis de mis amistades costarricenses, no puedo mencionar a otra persona, que no sea la discreta y llena de talento y de generosidad, periodista, escritora y reportera, Rocío Fernández de Ulibarri. Su manera de ser, su fineza, su presencia delicada y al mismo tiempo tan definida, representan la cultura costarricense de hoy, de la misma manera como la representó en los años 40, 50 y 60, hasta su inesperada muerte, la grande Eunice Odio. Nuestra entrañable Eunice con ojos de selva americana.

University of Hawaii
1890 East-West Road
Honolulu, Hawaii 9682 USA

Poesía de Venezuela. N° 147. Setiembre/Diciembre 1990.



